
DIA DE LA OCTAVA

DE LA

FESTIVIDAD DEL SANTISIMO SACRAMENTO,

Ó DEL CORPUS.

Las fiestas solemnes de la Iglesia tienen su octava, esto es, su solemnidad dura ocho dias, en cada uno de los cuales se celebra siempre la misma fiesta. El dia octavo es tan célebre como el primero. La Iglesia ha tomado esta regla del antiguo Testamento. Mandando el Señor á Moisés que haga celebrar la fiesta llamada de los Tabernáculos ó de las tiendas con mucho aparato y solemnidad, le dice: El primer dia será celebrisimo y santisimo, y el octavo no cederá

al primero en celebridad, en devocion y en culto; y San Juan llama á este último dia el gran dia de la fiesta. (Joan. 7.) Este es el espíritu de la Iglesia celebrando la festividad de este dia, que es el último de la octava de la fiesta de Dios, renovando en algun modo en él la solemnidad del primer dia de la fiesta. Llámase vulgarmente este dia el de la fiesta menor de Dios, porque se deja en libertad al pueblo de que trabaje, no obstante que en algunos parajes se guarda. Como en este último dia termina toda la solemnidad del triunfo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento, la Iglesia exhorta á todos sus hijos á que redoblen su fervor, su culto y su devocion, haciendo llevar en triunfo á Jesucristo en las procesiones particulares que hoy se hacen en los pueblos.

Ninguna fiesta, en verdad, deben celebrar los fieles con mas empeño, mas celo y mas devocion que esta. Su objeto es Jesucristo en la adorable Eucaristia; el motivo de reconocimiento es el amor inmenso que en ella nos testifica: el motivo de justicia son los ultrages sacrilegos que le hacen los hereges en este estado humilde en que su amor le ha puesto, y las frecuentes profanaciones de los malos cristianos: los bienes infinitos que hallamos en este tesoro inagotable de las gracias y de las misericordias del Señor deben escitar nuestro celo, reanimar nuestra fe y abrazar nuestro corazon con el fuego del divino amor. ¿Ignoramos todo lo que contiene, todo lo que nos dice, todo lo que nos arguye este divino misterio?

¿Podria darnos Jesucristo una prueba mas sensible ni una prenda mas brillante del exceso de su amor? ¿Hubiésemos exigido jamás de su amor excesivo á nosotros una maravilla tan incomprendible? pero ¿hemos olvidado todo lo que ha sufrido de los malos cristianos y del furor impio de los herejes, en este misterio de amor?

La misa de este dia es la misma que la del primer dia de la fiesta. *Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* ¿Qué pastor, exclaman aqui los padres, ha mantenido jamás á sus ovejas con su propia carne! Esta es la flor del trigo, pero del trigo de los elegidos. ¿Qué dulzuras no gustan en este banquete las almas puras! Jamás fué tan dulce la miel en la boca, como lo es Jesucristo para un corazon puro. Al salir de esta divina mesa, sea- mos, dice S. Juan Crisostómo, como leones que no respiran mas que fuego y llamas; hagámonos terribles á los demonios, y no pensemos ya en otra cosa que en el amor inmenso que nos testifica Jesucristo en la divina Eucaristia: Nadie, pues, se acerque á esta mesa sagrada con disgusto, con negligencia, con frialdad. Vaya lejos de este banquete sagrado todo falso discípulo, todo profanador, todo el que no esté revestido de la ropa nupcial. La mesa sacrosanta no admite tan indignos convidados: este divino alimento es solo para los discípulos; el mismo Jesucristo, continúa el mismo Santo, es el que lo ha dicho: *Yo celebro la pascua con mis discípulos.* Estos son los que deben alimentarse con la flor del trigo

puro y de la miel que se gusta en esta divina mesa. Aquí se da, añade S. Juan Crisóstomo, aquí se da la misma cena que dió Jesucristo á sus apóstoles la vispera de su pasion: no hay ninguna diferencia, es el mismo Salvador, los mismos manjares, el mismo milagro. Porque no debemos pensar que aquella la haya hecho Jesucristo, y que esta la haga un puro hombre; el mismo Jesucristo es el que hace las dos.

Como se ha dado ya la esplicacion de la Epistola en el dia de la fiesta, bastará dar en este dia la del Evangelio.

Este no es otra cosa que una esposicion del gran misterio de la Eucaristía. Queriendo Jesucristo disponer los ánimos, á fin de que concibiesen el milagro que queria hacer antes de su muerte de la real transustanciacion del pan y del vino en su carne y en su sangre para que sirviese de alimento y de bebida á nuestras almas, habló muchas veces á sus discípulos de un alimento tan puramente divino que queria darles; el cual alimentando el alma y comunicándola la vida de la gracia, la procuraria tambien la vida bienaventurada por toda la eternidad. Para una maravilla tan estupenda era necesaria esta preparacion de los ánimos; así es que el Salvador hizo un discurso bastante largo para disponer aquellos entendimientos todavia tan groseros á creer una verdad tan admirable y tan importante. Ni comenzó á hablarles del misterio de la Eucaristía hasta despues de haber hecho el milagro de la multiplicacion de los cinco panes, con lo cual parece

que el Salvador quiso convencerles de su omnipotencia, antes de hablarles de un misterio en el que era absolutamente necesaria esta omnipotencia y en el que aparecia de un modo tan claro.

Viendo Jesucristo el ansia con que le seguian, dijo á los que estaban junto á él: Vosotros no me buscais atraidos tanto de los milagros que me habeis visto hacer, sino mas bien por los panes que habeis comido. Los panes que yo os he dado os han satisfecho, y los habeis encontrado de un gusto delicioso. Esto es lo que os atrae, esto es todo lo que buscais. Elevad, pues, mas vuestros pensamientos y vuestras esperanzas; desead un alimento mucho mejor, un alimento que hace vivir eternamente. El que lo da, y á quien se lo debeis pedir, es el mismo que os habla; es á un mismo tiempo Hijo de Dios, é Hijo del hombre, el cual hasta ahora nada os ha dicho que su Padre no haya aprobado y como sellado con su sello; de este mismo Padre ha recibido el poder para hacer todos los milagros que habeis visto, y que son señales sensibles de la divinidad, cuya plenitud reside corporalmente en él, y obra todas las maravillas que hace.

Este discurso les dió bien á entender que el pan de que Jesus hablaba no era de la misma especie que el pan comun: y despertó en ellos un ansia tal de comerle, que inmediatamente preguntaron qué era preciso hacer para hacerse dignos de ello. Lo que debeis hacer, respondió entonces el Salvador, es tener una fe viva y entera, y creer en el que el Padre ha enviado. Dé-

jase entender muy bien en estas palabras que el Salvador queria significarles que para llegarse al gran misterio de la Eucaristia de que les hablaba era necesaria una fe perfecta; y su respuesta manifestó bastantemente que la mayor parte de los que le oian no tenian una fe bastante pura, ni una idea adecuada del gran don que queria hacerles; así que inmediatamente replicaron: ¿Qué milagros haces para mostrar tu poder, y obligarnos á creer tu palabra? Si hubiésemos visto alguno que durase largo tiempo, y hubiera sido útil generalmente á todo el pueblo, tal como fué el del maná del desierto, inmediatamente te hubieras hecho dueño de la adhesión de nuestros ánimos; pero ¿qué tienen de extraordinario unos milagros que se obran en un momento, y que á tan pocos aprovechan? Es muy probable que los que hablaban así, no se habian tal vez hallado en el desierto cuando con cinco panes satisfizo á cinco mil personas; y es visible que fueron de los que habiéndole oido hablar en seguida mas positivamente sobre al misterio de la Eucaristia, se retiraron y no volvieron á ser discípulos suyos.

El maná, le dijeron, que nuestros padres han comido, era, segun la relacion de nuestras antiguas Escrituras, un pan que diariamente venia del cielo, el cual fué el alimento ordinario del pueblo en los cuarenta años que permaneció en el desierto, y por el que hemos venido en conocimiento de la santidad y el poder de nuestro legislador Moisés, y en que además se funda la

diferencia que damos á su testimonio, como de un hombre manifestamente enviado de Dios. Este mal razonamiento de los judíos causó al Salvador mas bien compasion por su ignorancia, que indignacion por su incredulidad. Dijoles con mucha dulzura, pero con un tono afirmativo y como maestro, que el maná que Moisés habia dado á sus padres no era propiamente el pan del cielo, sino solo su figura; que el verdadero pan del cielo era el que les daba Dios su padre, y que no habia otro que este que hubiese descendido del cielo para dar la vida al mundo. Si así es, le dijeron, si Dios se digna darnos á comer este pan celestial, haz de modo que no carezcamos jamás de él. No esperaba Jesucristo, por decirlo así, mas que esta ocasion para descubrirles el misterio de los misterios. Hablóles de él tan claramente, que es necesario cegarse asimismo y llevar hasta el exceso la tenacidad para no creerlo. No tenemos en nuestra religion una verdad de fe que Jesucristo haya explicado con tanta claridad, ni de un modo mas sensible.

Yo soy, les dice, el verdadero y el solo pan de vida: el que viene á mí no tendrá mas hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed. Pero yo soy el que os lo he dicho, vosotros me habeis visto, y sin embargo no creéis. ¿Qué bien cuadra esta reprehension del Salvador á los herejes! Viendo el Hijo de Dios que muchos murmuraban de él, porque habia dicho: Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo, tuvo á bien el explicarles la verdad de este misterio, confirmado

en los mismos términos y aun en términos mas claros lo que les habia dicho: *Yo soy el pan de vida*. Sí, y un pan muy diferente que el maná, el cual no ha podido jamás librar de la muerte á vuestros padres que comian de él en el desierto, ni ha podido ser para ellos una prenda de la vida eterna. Solo el pan vivo que ha bajado del cielo es el que da la vida; y yo soy este pan vivo, y os prometo que los que se hicieren dignos de este pan, vivirán para siempre.

Comienza aqui Jesucristo á hablar positivamente de la suncion real y verdadera de su Cuerpo. Son tan espresas las palabras de que se sirve, que los judios, aunque acostumbrados á un estilo figurado y metafórico, no pudieron menos de tomarlas en el sentido propio y literal; y el Salvador, lejos de dulzificar ó de modificar lo que acababa de decir, continúa esplicándose en términos todavía mas formales y mas manifestos. Sí, les dice, *el pan que yo os daré es mi propia carne*. Estas palabras tan espresas, tan claras, hicieron toda la impresion que debian hacer naturalmente. ¿Cómo puede ser, se decian unos á otros, que este hombre nos dé á comer su carne? En verdad, si este divino Maestro cuyas palabras son otros tantos oráculos, no hubiese querido dejar á los fieles mas que una figura de su cuerpo, y no darles mas que el pan comun, ¿hubiera podido ver y oír á sangre fria y sin esplicarse la disputa que se suscitó entre sus oyentes y discipulos? ¿No era fácil y necesario para sosegar los ánimos conmovidos, decirles

que este pan misterioso de que hablaba no debía ser mas que una figura de su propia carne? Mas como aqui se trataba de uno de los puntos principales de la fe y de una verdad importante contra la que debian suscitarse y vomitarse tantos errores en los siglos sucesivos, Jesucristo confirma con términos todavía mas espresivos y mas fuertes lo que habia sentado en orden á este divino misterio. Sí; dice el Salvador, disputad cuanto quisieres, y mirad mi proposicion como una verdad incomprendible; en verdad, en verdad, os lo repito, si no comeis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros; y vivid persuadidos que el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna. ¿Qué prueba tan concluyente de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es esta verdad, tantas veces repetida y espresada en términos tan claros á unas gentes á quienes se les hacia tan dura! Y como si el Salvador no se hubiese aun esplicado bastante, añade: *Porque mi carne es, no en figura, sino verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida*. Al oiros hablar así, ó Salvador mio, esclama el sábio intérprete que queda ya citado, no temo pronunciar que si yo estoy engañado, sois vos el que me engañais; el hereje rehusa adoraros bajo de las especies de pan, porque no comprende como podeis estar allí; y ¿comprende mejor cómo sois uno en tres personas? ¿os habeis esplicado con mas claridad cerca del misterio de la Trinidad, que lo habeis

hecho sobre el de la Eucaristía? ¿y queriendo enseñarnos que estais realmente presente bajo de las apariencias de pan y de vino en la Eucaristía, podiais hacerlo de un modo mas preciso, mas espreso, ni en términos mas claros?

Diriase que como Jesucristo rezelase no haberse explicado bien todavia sobre la realidad de este misterio, á la manera que cuando tememos no haber sido bien entendidos en lo que hemos querido decir, repetimos muchas veces para la misma cosa y con espresiones diferentes para hacer comprender mejor el verdadero sentido, así Jesucristo hace lo mismo tocante á la Eucaristía. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que ha descendido del cielo. ¿Murmuran los judíos contra él, porque ha dicho que él es el pan vivo? Jesus les responde: No murmuréis entre vosotros. Si, yo soy el pan de vida; vuestros padres han comido el maná, y han muerto. Aquí está el pan bajado del cielo, á fin de que si alguno come de él, no muera. Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá eternamente. Me esplicqué, ¿y vosotros comprendéis mi pensamiento? Este pan celestial de que os hablo, y que yo os daré, es mi carne. Dice el pan celestial que yo os daré, porque no habia todavia instituido el sacramento de la Eucaristía; y aqui explicaba este misterio que no debia instituir hasta la víspera de su muerte. Disputais entre vosotros, les dice el Salvador, cómo puede ser que yo os dé á comer mi carne. Ciertamente que si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de

su carne, este era el lugar en que debia explicar su pensamiento; lo explica en efecto, y del modo mas claro; pero es para no dejar duda alguna de la realidad. En verdad, en verdad, responde Jesus (notemos que cuando Jesucristo queria decir alguna cosa que mereciera una atencion particular, ordinariamente lo hacia con estas espresiones, *en verdad, en verdad os digo*;) en verdad, en verdad os digo, responde Jesus, si no coméis la carne del Hijo del hombre, ni bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, añade, tiene la vida eterna. *Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.* Y como entre todas las maneras de union no conocemos otra cosa mas íntima que la que se hace por el alimento, añade Jesucristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí; y yo en él; y como yo vivo por mi Padre, del mismo modo el que me come vivirá tambien por mí;* esto es, que así como Jesucristo es uno con su Padre, por razon de la naturaleza divina, y por su Padre le ha sido comunicada esta vida divina, así tambien, guardando la debida proporcion, él se hace el principio de una vida espiritual y divina en aquellas que se unen á él por la participacion de su cuerpo y de su sangre. *Este es el pan que ha venido del cielo; el que come de este pan vivirá eternamente.*

Enseñaba Jesucristo este misterio en la sinagoga de Cafarnaum. Muchos de sus discípulos, bien penetrados del sentido de esta verdad, no

podieron resolverse á creerla: tanto les chocaba la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, que dejaron al Salvador. Este no les llamó, les dejó que se fuesen, contentándose con decir, que sabía bien que entre los que le seguían había quienes no tenían fé. *Hay algunos de vosotros que no creen*, dijo á sus verdaderos discípulos; *porque*, añade el Evangelista, *siempre habia conocido á los que no creían*. Y dirigiéndose á los apóstoles les dijo: *¿Quereis tambien vosotros marcharos?* lo cual hizo decir á San Pedro en nombre de todos: *Señor, ¿y á quién iremos? Vos tenéis palabras de vida eterna*: como si dijese: no es posible ser salvo ninguno, sino se creen vuestras palabras. Por incomprendible que sea al entendimiento humano el misterio que acabais de enseñarnos, nosotros creemos que nada hay tan cierto como él, puesto que estamos persuadidos que sois el Mesías, el Hijo de Dios vivo y que nada os es imposible porque sois omnipotente.

La fiesta que celebramos durante esta octava ha sido instituida en honor del cuerpo de Jesucristo. Era justo que este cuerpo adorable, unido sustancialmente á la divinidad, que habia sido tan maltratado en la tierra, recibiese, en fin, el honor y el culto que le era debido. Esta es sin duda una de las razones que movieron al Hijo de Dios á instituir este adorable misterio. El honor que el verbo habia hecho á la carne contrayendo con ella una alianza tan estrecha en su encarnacion, por la cual el verbo se ha hecho carne, pedia que esta carne unida al verbo fue-

se honrada y adorada sobre la tierra; y las humillaciones estremas á que habia sido reducido en su pasion y durante su vida mortal, exigian que fuese el objeto del culto religioso mas perfecto en el mundo cristiano; y para sastifacer á este doble deber, se hace hoy la ceremonia de llevar con pompa el cuerpo del Hijo de Dios.

1.º En memoria de haberse llevado el Señor asimismo, cuando distribuyó á sus apóstoles su carne y su sangre en su última cena, dice uno de los mas célebres oradores cristianos. 2.º En accion de gracias por haber ido él mismo en otro tiempo recorriendo las ciudades y las aldeas. 3.º Para ofrecerle una reparacion auténtica de los oprobios que sufrió en las calles de Jerusalem cuando fué conducido de tribunal en tribunal. 4.º Para tributarle el honor que le es debido por las victorias pue ha conseguido sobre la herejia en el sacramento adorable de su cuerpo. Para darle, en fin como una pública satisfaccion por tantas sacrilegas profanaciones, tantas irreverencias y faltas de respeto, tantos ultrajes como ha recibido y recibe aun todos los dias en la Eucaristía. ¿Cuál, pues, debe haber sido en esta octava, y sobre todo en este último dia, la ocupacion de un alma fiel, conformándose, como debe hacerlo, con el espíritu y los sentimientos de la Iglesia á fin de honrar con ella la carne adorable del Redentor?

La oracion, Epistola y Evangelio, son lo mismo que los de la festividad del Santísimo Sacramento (Pág. 48.)

REFLEXIONES.

Haced esto en memoria de mí. Si antes de la venida del Salvador del mundo, cuando el Señor no se presentaba sino entre el fuego y los relámpagos, ni hablaba sino con la voz del trueno; en aquellos días de rigor en que Dios exigía un culto tan respetuoso, y en que castigaba con tanta severidad las mas pequeñas faltas que se cometían contra el respeto que se le debía; si en aquel tiempo, repito, se hubiese previsto por un espíritu profético lo que nosotros hemos visto después; si los israelitas, dice un gran siervo de Dios, hubiesen comprendido bien el sentido de tantas figuras, como el sacrificio de Melquisedec, el maná, los panes de la proposición, el pan de Gedeon y el de Elias, si se les hubiese dicho que este Dios tan terrible entonces, se abatiría hasta venir á nuestros altares, que su amor le llevaría hasta darse á comer todo entero bajo de las apariencias de pan, haciéndose nuestro sustento; si les hubiese dicho que se dejaría encerrar dia y noche en nuestros tabernáculos, y esponer á las irreverencias y á los ultrajes de sus siervos, ¿lo hubieran creído? sin embargo, ha llegado á verificarse lo que les hubiera parecido aun mas increíble, y que lo es en efecto á la razon natural: ¿hubieran podido jamás creer que abatiéndose de este modo, dándose, prodigándose así un Dios á

los hombres, no hubiese reportado de ellos otra cosa que la indiferencia? ¿que estos hombres no se dignarian hacerle la corte; que hasta llegarían á olvidarle y maltratarle; y que un Dios convertido en su alimento seria recibido con disgusto? Confesemos que esta indiferencia, este disgusto en los cristianos es tan incomprendible como el mismo misterio de la Eucaristía. Apenas puede darse otra razon de un hecho tan poco verosímil y tan verdadero sin embargo, que atribuyéndolo á falta de fe, y que la fe de este misterio está cuasi estinguida en la mayor parte de los fieles. Pero ¿compréndense las consecuencias de esta verdad? No creer la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento es ser hereje; creerla, y mirar á Jesucristo en este divino Sacramento con indiferencia, con tedio, con poco respeto, y alejarse de él, es impiedad, es irreligion. No hay temperamento, no hay medio entre estas dos verdades. Creer que Jesucristo está realmente presente en nuestros altares, y no pensar en él ni dignarse visitarle, no tener ningún conato; ninguna hambre de un alimento tan esquisito, de este pan vivo que es la fuente de la vida eterna; ¿no es irreligion? No chocha tanto este desórden porque se ha hecho comun; pero no por eso es menos criminal; y esta irreligion de que apenas hay ya quien se avergüence ¿no es la causa de todos los azotes que la cólera de un Dios justamente irritado descarga sobre todo su pueblo? Que los paganos hayan profanado nuestros templos y despreciado los

mas sagrados misterios, deben si hacernos gemir los ultrajes que en esto se han hecho al Señor; pero aquí no es tan estraña la abominación de la desolacion; que los herejes, estos discipulos traidores y apóstatas, esta raza de víboras vomitan las mas horribles blasfemias contra Jesucristo, y que no cesen de gritar, *quitálo, quitálo, crucifícalo*, su rabia y su furor diabólico deben si escitar nuestras lágrimas y nuestra indignacion; pero ¿qué puede esperarse de unos enemigos los mas furiosos del Salvador, y de quienes se sirve el infierno para ultrajar á Jesucristo en la Eucaristia? Mas lo que es tan estraño como impío, es la manera indigna con que es tratado Jesucristo en nuestros altares por sus propios hijos, por los que se llaman fieles. Yo no sé si tenemos algo en la Iglesia mas admirable ni mas chocante.

MEDITACION.

De nuestra ingratitud con Jesucristo en el Santísimo Sacramento.

Considera cuan imposible es al entendimiento humano el comprender el exceso del amor inmenso, infinito, incomprendible que Jesucristo nos testifica en la divina Eucaristia. Es este un misterio, y un misterio en que un Dios se agota, por decirlo asi, para probarnos su amor

por sus liberalidades. Yo lo confieso, ó Dios mio, yo me pasmo, me sobrecojo cuando pienso en esta maravilla; yo no puedo volver en mí de mi asombro cuando considero todo lo que haceis aquí por nuestro amor. Pero, ¿no tengo motivo para asombrarme, y para sobrecojermeme mas, cuando considero que todo esto no es capaz de hacer que amemos ardientemente á Jesucristo? ¿Qué amor tan singular no nos testifica en el momento de su Encarnacion? ¿qué ternura en el dia de su nacimiento! ¿qué bondad en todo el curso de su vida mortal! ¿y qué exceso de amor inmolándose por nosotros en la cruz! pero todas estas pruebas admirables de su amor, ¿no se encuentran renovadas y como reunidas en la Eucaristia? Jesucristo se disfraza en ella bajo de las apariencias del pan; allí renace por decirlo asi, en la oscuridad; allí es inmolado y ofrecido muchas veces al dia en sacrificio. Todo esto no es ya para rescatar á los hombres; está ya plenamente cumplido el misterio de la redencion; el Redentor posee una gloria llena é incapaz de acrecentamiento; no vive, pues, en la Eucaristia de un modo tan inefable, sino para satisfacer el amor inmenso que nos tiene; ¿y qué otro fruto puede sacar de esta muerte sacramental, que el placer de inmolarse él mismo sin cesar á su Padre por nuestro amor? Si á lo menos hubiese comparecido en nuestros altares con aquel aire de magestad y esplendor tan conveniente á su adorable persona, si se hubiese disfrizado menos, seria mas respetado, es verdad,

pero seria tambien mas temido, y su amor no se acomoda con un temor que espanta. Todo lo que puede disminuir la solicitud y la confianza es contrario á un amor grande. El Salvador divino tiene sus delicias en estar con los hombres, oculta todo lo que puede servirles de razon ó de pretesto para alejarse de él. Los príncipes de la tierra no derraman sus liberalidades mas que en ciertos tiempos y sobre ciertas personas; Jesucristo en el Santisimo Sacramento lo da todo, en todo tiempo y á todos. Venid todos á mi los que estais trabajados y sobrecargados, y yo os aliviaré. ¿Podia presentarnos un motivo que mas nos interese? basta ser pobre, estar afligido, para tener derecho de beber en esta fuente de todo bien. La miseria y la adversidad son para nosotros un nuevo motivo de confianza, y con tal que no oponamos obstáculo á ella podemos estar seguros de ser bien recibidos. En fin, despues de habernos dado todos los bienes de que él es la fuente, este divino Salvador dándose asi mismo en este Sacramento para nuestra comida, nos da en ella el manantial de todos los bienes. Hé aquí un misterio tan incomprendible como la misma Eucaristia.

Considera si es posible amar menos á Jesucristo y respetarle menos que lo que hacen la mayor parte de los cristianos con este augusto Sacramento. Sin traer aqui á la memoria todas las profanaciones, todos los malos tratamientos, todas las impiedades, todos los desacatos de un furor diabólico y sacrilego que ha sufrido de los

hereges, cuya idea solo causa horror; ¿de qué modo tan indigno no es tratado aun todos los dias por la mayor parte de los que se llaman fieles? ¿Qué indiferencia, qué olvido de este divino Salvador! Todas las reuniones, todas las plazas del pueblo, todos los juegos públicos y los sitios de los espectáculos no se vacian; y Jesucristo, ¿tiene mucha concurrencia todos los dias y á todas las horas del dia en nuestras Iglesias donde reside noche y dia? ¿Qué soledad, buen Dios, en vuestro palacio cuasi todo el dia! y si se concurre alli en ciertos dias, ¿qué falta de respeto! ¿qué irreverencia! Esos ademanes mundanos, esas posturas afeminadas, y muchas veces indecentes, esas conversaciones profanas y y acaso hasta escandalosas, ¿indican una gran fé, un amor grande? Al ver en nuestras Iglesias esos jóvenes libertinos y esas mugeres mundanas, ¿se dirá que creen que Jesucristo está allí presente; que vienen allí para pedir á su Dios, y para implorar su misericordia? ¿no se dirá mas bien que su presencia escandalosa en aquel lugar es solo para insultar á su Dios? A la verdad, por poca fé que uno tenga, ¿puede mirar sin estremecerse la irreligion con que se presentan en nuestros templos? ¿se trata de rendir un culto respetuoso al Dios que está en nuestros altares con un comportamiento tan irreligioso en su presencia? En el concepto de tantos libertinos, ¿pasa Jesucristo por su Redentor, por el suprémo Señor del Universo, por su soberano juez? ¿no se creerá mas bien que ellos no le mi-

ran sobre nuestros altares, sino como un fantasma de divinidad, y como un rey de teatro? Jesucristo en nuestros altares, rodeado con mucha frecuencia de un monton de jóvenes indevotos y de mujeres poco cristianas, como en otro tiempo lo estaba de una tropa insolente de judios, que le cargaban de injurias y de salivas, ¿sufre el dia de hoy menos oprobios que entonces? ¿es preciso esperar al fin de los siglos para ver en el lugar santo la abominacion de la desolacion? ¿qué otro nombre debe darse á las irreverencias que en él se cometen? ¿qué padre por poco celoso que fuese de su autoridad sufrirá que su hijo estuviese en su presencia con tan poco respeto, como se ve á sangre fria que se hace á la presencia de Jesucristo? Hácese callar á un niño cuando grita ó llora en la casa de una persona decente á quien se hace visita, y en el dia de hoy, desde sus primeros años se les acostumbra, por decirlo así, por una indulgencia criminal á estar con inmodestia en las Iglesias desde luego que pueden ir á ellas. ¡Cosa estraña! la presencia de un ídolo inspiraba á los paganos un respeto y un recato que llegaba á ser supersticion. Cualquiera postura menos decente, una palabra dicha por ligereza, una risa involuntaria era un crimen imperdonable: no les era permitido sentarse; todo escitaba al respeto. ¿Será posible, buen Dios, que los paganos nos den lecciones en materia de religion, y que su moderacion supersticiosa enseñe su obligacion á los fieles? será creible semejante ingratitud en un cristiano?

Yo me lamento, Señor, con tanto mas dolor cuanto que yo mismo, me reconozco sobradamente culpable de esta impiedad. Mas yo espero con el auxilio de vuestra gracia reparar en lo que me queda de vida mi conducta pasada, y que mi reconocimiento, mi amor y mi respeto serán en lo sucesivo una prueba visible de mi fé.

JACULATORIAS.

¿Hasta cuándo, Dios mio, sufrireis que vuestros hijos os ultrajen, aun mas que vuestro enemigo? (*Psalm. 73.*)

¿Qué culto tan santo y tan respetuoso no se os debe, Señor, en vuestra presencia! (*Psalm. 92.*)

PROPÓSITOS.

No se puede comprender como unos cristianos que dicen estan prontos á dar su sangre por la fé de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, no tengan sino disgusto de este pan divino, y esten sin respeto en el templo donde está Jesucristo realmente presente. Penetrado de un vivo dolor de tu indevotion é irreverencias y de las de otros, no acabes esta octava sin desagaviar á Jesucristo de tantas iniquidades, comulga en este dia, pasa el tiempo que puedas

66 LA OCTAVA DEL SS. SACRAMENTO.
delante del Santísimo Sacramento, y asiste á la procesion con espíritu de penitencia y con intencion de desagruar al Señor de tantas profanaciones como se han hecho de la adorable Eucaristía, que es uno de los motivos porque se ha instituido esta solemnidad.

DOMINGO TERCERO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el primer domingo despues de Pentecostes está consagrado á la solemnidad de la fiesta de la Santísima Trinidad y el segundo concurre siempre en la octava del Santísimo Sacramento, el primero que sigue inmediatamente á la celebracion de todas estas fiestas es siempre el tercero; y por consiguiente por el domingo tercero despues de Pentecostes es por donde empiezan nuestros ejercicios de piedad para todos los domingos que quedan hasta el Adviento.

Los griegos llaman á este domingo el segundo de la doctrina ó predicacion de Jesucristo, ó en otros términos, el de *Cristo docente*; por los latinos es llamado el domingo de los Publicanos

: